

[Otra edición: en *Actas del Coloquio, 1977. Estructuras sociales durante la Antigüedad, Memorias de Historia Antigua* 1, 1977, 89-105]. Versión digital por cortesía del autor, como parte de su *Obra Completa*, corregida y editada de nuevo bajo su supervisión y con la paginación original.

© Texto, José María Blázquez Martínez

© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

## Las revueltas de esclavos en Sicilia

José María Blázquez Martínez

[-89→]

De las varias revueltas de esclavos de la época helenística, de las que han llegado noticias escuetas, son las dos revueltas que tuvieron lugar en Sicilia <sup>1</sup>, entre los años 136-132 y 104-100 a.C. Las únicas bien conocidas en sus detalles, pues se cuenta con la descripción de un historiador, contemporáneo de Augusto y por lo tanto, muy próximo a los sucesos que narra, el siciliano Diodoro <sup>2</sup>, citado varias veces por Marx en su *Capital*, y cuya mentalidad e interpretación de la Historia en muchos aspectos está muy cerca de la moderna. Las fuentes que utilizó Diodoro en los fragmentos de sus libros 34 y 35 son, según V. M. Scramuzza <sup>3</sup>, la *Historia Universal* de Posidonio de Apamea, historiador y filósofo estoico, que se interesó por la esclavitud en su obra, y que hacia el año 100 a.C. visitó la isla, obteniendo documentación de primera mano de los testigos, y el retor siciliano Caecilius de Calacte, esclavo manumitido, y que escribió precisamente sobre las revueltas (Athen. 6. 272 E). Su verdadero nombre era Arcagato. Utilizó este último autor también la obra de Posidonio. Vivió en época de Augusto.

---

<sup>1</sup> B. Pace, *Arte e civiltà della Sicilia antica*, Roma-Nápoles 1936, 49. M.I. Finley, *Ancient Sicily to Arab Conquest*, Londres 1968. A. Holm, *Geschichte Siziliens im Altertum*, Leipzig, 1870-98. Sobre las revueltas además de la bibliografía manejada más adelante cf. P. Green, *The First Sicilian Slave War, Past and Present* 20, 1961, 10 ss. 22; 1962, 87 ss. L. Pareti, *I supposti idoppiamenti delle guerre servili in Sicilia*, *Studi minori di Storia antica* III, Roma 1965, 73 ss. J. Vogt, *Ancient Slavery and the ideal of man*, Oxford, 1974, 39 ss. I.S. Sifman, *Esclavitud en Sicilia y en la Magna Grecia*, *RPAM* 1968, 222 ss. E. Ciaceri, *Roma e le guerre servili in Sicilia. Processi politici e relazioni internazionali*, Roma 1918, 55 ss. M. Lapozza, *Le revolte servili di Sicilia nel quadro della politica agraria romana*, *Atti dell'Istituto Veneto di Scienze. Lettere ed. Arti, Classe di Scienze morali e Lettere*, 115, 1956-1957, 79 ss. G.P. Verbrugge, *The Sicily, Economy and the Slave Wars c. 270-70 BC. Problems and Sources*, Princeton 1971. *idem*, "Slave Rebellion or Sicily in Revolt", *Kokalos*, 20, 1974, 46 ss. M. Raskoinikoff, *La recherche soviétique et l'histoire économique et sociale du monde hellénistique et romain*, Estraburgo 1975, 138 ss. Sobre el templo de Paliques: J.H. Croon, *The Palician Autochthonous cult in Ancient Sicily*, *Mnemosyne*, 4.5, 1952, 116 ss. L. Bello, *Ricerche sui Palici*, *Kokalos* 6, 1960, 71 ss. M. Pohienz, *Die griechische Tragödie II*, Göttingen 1954, 198 ss. Sobre la piratería como fuente de la esclavitud para Italia cfr. E. Marotti, *Die Rolle der Seeräuberei zur Zeit der römischen Bürgerkriege*, *Das Altertum* 7, 1961, 32 ss. y *Ricerca storica ed economiche in memoria di Corrado Barbagallo*, I, 481 ss. R. Scallais, *La prospérité agricole et pastorale de la Sicile*, *Musée Belge* 28, 1924, 87 ss. E. Badian, *Roman Imperialism in the Late Republic*, Nueva York 1971. E.M. Staerman, *Die Blutezeit der Sklavenwirtschaft in der römischen Republik*, Wiesbaden 1969.

<sup>2</sup> A. Burton, *Diodorus Siculus, Book I. A Commentary*, Leiden 1972, con toda la bibliografía, J. M. Blázquez, *Problemas económicos y sociales de los siglos V y IV a.C. en Diodoro de Sicilia*, *Clases y conflictos sociales en la Historia*, Madrid 1977, 15 ss.

<sup>3</sup> *Roman Sicily*, en Tenney Frank, *An economic survey of Ancient Rome*, New Jersey, 1959, 244.

L. Pareti <sup>4</sup> ha indicado las razones por las que Posidonio de Apamea es la fuente de Diodoro, que son: ser este historiador el seguido generalmente para estos años; la correspondencia de la descripción hecha por Diodoro (34-35, 4, 2, 10; 36, 38) del lujo y de la maldad de Damófilo de Enna, con el fragmento 15 de Posidonio; y la conmiseración expresada por Diodoro, hacia los esclavos, víctimas de los malos tratos de sus dueños, capaces de actos heroicos (34-35, 2, 20, 22), todo acompañado de censuras por sus violencias y destrucciones. Todo lo cual es muy típico de la concepción de Posidonio, según se deduce de varios fragmentos conservados (8, 11, 15, 17-18, 21, 24, 26, 31, 38-39, 45, 53, 91). Pareti descarta que *Caecilius* fuera fuente para Diodoro, pero lo pudo ser para Livio. Como esclavo debió ser favorable a los rebeldes. Un resumen de lo escrito por Tito Livio ha llegado en los *Periochae* 56 y 59, la narración liviana es la que pervive en Floro 2, 7. 2-9; en Osorio 5. 6, 2-5, 9. 4-8; en Obsequens 27; en Frontino 4, 1, 26; y en Valerio Máximo 2, 7, 9. 4, 3, 10; 6, 9, 8. 7, 3; 9, 12 extr. 1. Datos interesantes sobre las revueltas, como indica Pareti, se encuentran en Cicerón (Verr. 2, 3, 195) y en Appiano (*BC* 1, 9) que pone en relación la primera revuelta de esclavos, con las medidas tomadas por Tiberio Graco <sup>5</sup>. Diodoro, por lo tanto, es una fuente segura en los sucesos que narra.

El siglo II a.C. fue fecundo en revueltas de esclavos <sup>6</sup>. Se tienen noticias de varias sin conocerse los detalles. En el año 198 a.C. se amotinaron 500 esclavos cartagineses en Setia (Livio 32,26); fueron matados. En el año 196 a.C. (Liv. 33.36,1) estalló una revuelta de esclavos en Etruria, tierra típica de grandes latifundios; los cabecillas fueron ajusticiados. En el 185 a.C. (Liv. 39, 8-9; 39, 41; 6) los pastores de los latifundios de Apulia, que eran esclavos, se dedicaron al robo y saqueo a lo largo de las carreteras. Una inscripción de P. Popilio Laenate (*CIL* I 638; X 6950, Dessau 23) alude al hecho de que siendo pretor en el año 139 a.C. tuvo que sustituir a los esclavos pastores huidos por agricultores. Al parecer, esclavos estuvieron implicados durante la censura de Escipión Emiliano y de L. Mummio (142-143) en varios asesinatos de ciudadanos en el Bruzzio; estos esclavos pertenecían a una compañía de publicanos encargada de la explotación de la pez; de ello se siguió un ruidoso proceso en el que defendieron a los publicanos Lelio y S. Sulpicio Galba, que logró salvarlos (Cic. *Brut.* 22,85 ss.) Julio Obsequens (27,86) recuerda que otras revueltas de esclavos en Italia, posiblemente las citadas, fueron la señal de la primera revuelta siciliana. La segunda fue precedida por revueltas serviles en Nuceria y Capua (Diod. 36, 2,1). y coincide con las revueltas de esclavos que tuvieron como escenario las minas del Ática (Athen. 6,272). El momento de esta segunda revuelta estaba bien [-89→90] elegido; es contemporánea del peligro más grande que tuvo Italia, después de la invasión de Aníbal, la invasión de los cimbrios, y tuvo lugar después de la terminación de la guerra colonial contra Yugurta, que había sacado a la luz, al igual que la guerra lusitana y celtibérica, toda la descomposición e ineptitud de la sociedad romana. La primera fue acompañada de diversas revueltas de esclavos: 150, en Roma (Diod. 34-35, 2,26; Oros. 5, 9, 4); en Minturne, donde 450 esclavos fueron cruci-

<sup>4</sup> *Storia di Roma*, III, Turín 1953, 292, n. 8.

<sup>5</sup> E. Badian, Tiberius Gracchus and the Beginning of the Roman revolution, *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* 1, 1972, 668 ss. J. Beranger, *Les jugements de Cicéron sur les Gracques*, 732 ss. C. Nicolet, *Les Gracques: crises agraires et révolution à Rome*, 1966.

<sup>6</sup> J. Vogt, *op. cit.* 93 ss. Cardinali, Le morte di Altalo et le revolte di Aristonico, *Saggi d'istorie antica e di archeologia a G. Belloch*, Roma 1910, 283 ss. J.C. Dumont, À propos d'Aristonico, *Eirene*, 5, 1966, 189 ss. C. Mossé, *La tyrannie dans la Grèce antique*, Paris 1969. V. Vavrinek, *La révolte d'Aristonico*, Praga 1957. F. Carrata, *De la rivolta di Aristonico a le origine della provincia romana di Asia*, Turín 1969. T.W. Africa, Aristonicus, Blossius and the City on the sun", *International Review of Social History* 6, 1961, 116 ss.

ficados; en Sinuessa, donde 4.000 esclavos fueron vencidos por Q. Metelo y Cn. Servilio Caepion, en el año 133 a.C.; en las minas del Ática, en número de 1.000 esclavos sublevados; en Delos, donde fueron pacificados por los habitantes de la isla (Diod. 34-35, 2,19; Oros. 5, 9,4) y en Asia (Diod. 34-35, 2, 26; Str. 14, 1, 38).

Antes de pasar a narrar la segunda revuelta de esclavos en Sicilia, Diodoro (36, 2-4) enumera otras revueltas de esclavos, de poca importancia y de poca duración. Una tuvo por escenario la ciudad de Nuceria en Campania, donde 30 esclavos tramaron un complot contra sus dueños y fueron castigados por ello. La segunda estalló en Capua; en ella participaron 200 esclavos y fue sofocada en poco tiempo. En la tercera participaron 3.500 hombres.

Todas estas revueltas prueban que la situación, tanto en Italia como en Grecia, era realmente explosiva, y que las revueltas de esclavos se sucedían unas a otras. De todas estas revueltas, las dos de Sicilia, no sólo son las únicas conocidas, sino las de mayor importancia por su duración y por las funestas consecuencias de destrozos y pérdidas de vidas humanas y de riquezas que las acompañaron. Diodoro (34-35, 2,24) escribe que "ninguna revuelta de esclavos fue más terrible que la que estalló en Sicilia, en la que tantas ciudades sufrieron las mayores calamidades; una gran multitud de hombres, mujeres y niños se vio expuesta a males inauditos, cuando toda la isla estuvo a punto de caer en manos de los esclavos, que no conocían en esta ocasión otro límite a su poder que la imposibilidad de añadir más sufrimientos que los que hacían soportar a las personas de condición libre".

Floro (2, 7, 2), con evidente exageración, afirma que la revuelta de esclavos costó más pérdidas que las guerras contra los Cartagineses.

Sicilia al estallar la primera revuelta, que fue a finales del 136 a.C., se encontraba en un momento de gran prosperidad. Diodoro (34-35, 2, 1) escribe sobre el particular: "Después de la destrucción de Cartago (año 146 a.C.) los pueblos de Sicilia habían alcanzado gran prosperidad durante 60 años, hasta que estalló la guerra servil por las causas que vamos a explicar a continuación. La fortuna de los sicilianos, que había ya alcanzado un alto grado de prosperidad, les había procurado inmensas riquezas que les permitía comprar un gran número de esclavos". Más adelante de su narración insiste el historiador siciliano en la fabulosa riqueza de la isla: "Los que poseían tierras en esta isla de gran fecundidad, habían ido adquiriendo grandes riquezas; casi todos se entregaron al lujo y acabaron por ser de una gran insolencia" (34-35, 2,26)...

Sicilia en el siglo II a.C., y de siempre, era, al igual que Etruria e Italia, tierra de grandes latifundios, explotados a imitación de las fincas del Oriente helenístico por grandes cuadrillas de esclavos. Los terratenientes no sólo explotaban las tierras, sino que contaban con numerosos rebaños. El latifundio se generalizó mucho más en la isla a finales de la Segunda Guerra, una vez que se expulsó a los cartagineses por la política seguida por Roma de embolsarse los préstamos de los particulares con concesiones del *ager publicus* (Liv. 31, 13) y por las ventas efectuadas por los pretores, después del año 210 a.C., de una gran parte de la isla, que había quedado desierta como consecuencia de la guerra contra Aníbal, lo que permitió a los ricos, romanos, itálicos o indígenas, comprar grandes extensiones de terreno del *ager publicus* para dedicarlas, además de a la agricultura, a la cría de ganado caballar, vacuno y ovino (Str. 6, 265; 273, 275). Esta política seguida por Roma es diametralmente opuesta a la que Marco Levirio en 209-208 a.C. llevó a efecto, cuando, al decir de Livio (27,5,3; 8,10; 35, 3-4), prometió dar trabajo a todos los sicilianos, y cuando prometió la restitución a los habitantes de los te-

ritorios conquistados. Pareti <sup>7</sup> considera que favorecieron el latifundio siciliano otras causas, como son: la presencia de un gran número de esclavos indígenas, procedentes de antiguas y recientes guerras; la oferta a bajo precio de esclavos, principalmente llegados de los mercados del Mediterráneo oriental; la menor cantidad de trabajadores que necesita el latifundio, ya esté dedicado a pasto, ya a la arboricultura; la mayor facilidad de eludir el tributo de la *decima*, cuando no se trataba de contribuciones en cereales; y, finalmente, la disponibilidad por parte de los ricos propietarios de ingentes sumas de dinero necesarios para la compra de ganado y para el cultivo de la arboricultura, vid y olivo (Diod. 34-35, 2,1, 26-27, 34).

Cálculos <sup>8</sup> sobre la extensión de los latifundios sicilianos no es posible hacer con precisión, por carecer de datos suficientes, pero hay datos significativos. Diodoro (34-35, 2,34) escribe de Damófilo que poseía grandes riquezas..., que cultivaba fincas de una extensión [-90→91-] enorme, que alimentaba numerosos rebaños. Es conocido que el latifundio típico de Italia, tal como lo describe Catón, en el siglo II a.C. comprendía 240 yugadas, o sea 60 Ha. En el siglo siguiente, la extensión del latifundio subió a 1.000 yugadas, 250 Ha. El latifundio siciliano de tiempos de la revueltas debía tener por lo menos una extensión de 1.000 yugadas. La tierra cultivada de Leontinoi sumaba 75.000 yugadas, 18.750 Ha., en tiempos de Verres, el año 73 a.C.; de las 30.000 yugadas se cultivaban, un año sí y otro no; en ellas trabajaban 83 agricultores (Cic., Verr. 2,3,120), que tocaba a 903 yugadas cada uno, es decir, 226 Ha.; 500 y 400 yugadas entregó Roma a los hispanos Moericus en Morgantina y a Belligenes (Liv. 26,21,13), que desertaron del ejército cartaginés durante la segunda guerra púnica y se pasaron a los romanos <sup>9</sup>.

Al comienzo de la primera revuelta de esclavos, los caballeros eran dueños de grandes latifundios sicilianos (Diod. 34-35,2,3,31; Flor. 2,7,3) junto a los itálicos (Diod. 34-35, 2,27,32, 34) y a los siciliotas de los que Diodoro cita concretamente a Damófilo en Enna (34-35, 2,27,48) que era indígena con nombre griego; Antígenes de la misma ciudad (34-35, 2,5,8; 15); a Pitón, también en Enna (34-35, 2,15) y a Gorgos de Morgantina (34-35, 11), todos los cuales parecen ser griegos sicilianos, a juzgar por los nombres. También en época de Verres, unos 30 años después de la última revuelta, grandes terratenientes eran griegos sicilianos, según lo indican sus nombres, como Leónides de Triocola (Cic. Verr. 2,5,10), Aristodamos de Apollonia, Leon de Himera, Euménides de Halicie (Cic. Verr. 2,5,15), Apollonios de Panhormos (Cic. Verr. 2,5, 16-17), Epícrates de Biclis (Cic. Verr. 2,2,53) y probablemente Heraclius de Siracusa (Cic. Verr. 2,2,35 ss.) <sup>10</sup>. La presencia de caballeros explotando los latifundios tiene fácil explicación. Los caballeros arrendaban al Estado la recaudación de las contribuciones, se quedaban con las subastas de las obras públicas del Estado, arrendaban las explotaciones mineras de Hispania, etc., y necesitaban fincas de gran extensión, que respondieran ante el Estado de los arriendos contratados <sup>11</sup>.

Un prototipo de los grandes latifundistas y esclavistas sicilianos es el mencionado Damófilo, del que escribe Diodoro (34-35, 2,34-36), que "poseía una gran fortuna, se distinguía por la arrogancia de su carácter, cultivaba tierras de una extensión enorme,

<sup>7</sup> *Op. cit.* 295.

<sup>8</sup> V.M. Scramuzza, *op. cit.*, 320 s.

<sup>9</sup> A. García y Bellido. Moericus, Belligenes y los mercenarios españoles en Siracusa, *BRAH* 150, 1962, 5 ss.

<sup>10</sup> V.M. Scramuzza, *op. cit.*, 321 ss., 337 s.

<sup>11</sup> P.A. Brunt, *Conflictos sociales en la República Romana*, Buenos Aires 1973, 131 ss. (para los *equites* en los tribunales) y *passim*. Cl. Nicolet, *L'ordre équestre à l'époque républicaine (312-42 av. J.C.)*, París 1966, 1974.

alimentaba numerosos rebaños. Le gustaba imitar el lujo de los itálicos que vivían en Sicilia. Tenía gran número de esclavos y los trataba con gran crueldad. Recorrió la comarca en un carro de cuatro ruedas, tirado por caballos magníficamente enjaezados, rodeado de una tropa de domésticos armados como soldados y de bellos efebos y de parásitos. En sus casas de la ciudad o del campo brillaba por todas partes una numerosa vajilla de plata y camas de púrpura. Su mesa, bien abastecida, ostentaba una magnificencia realmente propia de un rey. En su gasto y en su lujo aventajaba a los mismos persas. No tenía educación: poseedor de una gran fortuna nadie le podía exigir cuenta de sus acciones; un hombre semejante hastiado de todos los placeres comenzaba por ser insolente, para terminar perdiéndose él mismo, y causar grandes males a su patria, lo que sucedió en realidad". Es interesante señalar algunas indicaciones de éste párrafo, como que Damófilo poseía casas en la ciudad y en el campo, sus viajes acompañado de domésticos suyos armados, la alusión a su homosexualidad y a los parásitos, el lujo escandaloso de su casa, a su mal carácter y a los malos tratos, como resultado de la *hibris*. El exceso de riqueza como resultado, de las conquistas, había traído a Italia un lujo escandaloso. Diodoro (37,3, 1-6), precisamente al referirse a los hechos acaecidos a la terminación de la segunda revuelta de esclavos, censura el lujo que invadió a la juventud romana, lujo que no debía de ser diferente del que rodeaba a Damófilo y a otros esclavistas. Este lujo vino del contacto con las costumbres griegas.

"La juventud, afirma Diodoro, reposaba de las fatigas de la guerra en la mollicie y el libertinaje. Las riquezas amontonadas por sus padres no servían más que para satisfacer los deseos insaciables de los jóvenes. Roma cambió la sencillez y la frugalidad por el lujo; renunció a los ejercicios militares para entregarse a la ociosidad. No se consideraba feliz el hombre virtuoso, sino el que podía pasar su vida en los más seductores placeres, en suntuosos banquetes; usar perfumes exquisitos; el que poseía colchas de cama confeccionadas de ricas telas y colores diversos; el que tenía salas de festines, magníficamente adornadas, muebles artísticamente trabajados, en plata o marfil o fabricados con materias preciosas. Todo tipo de lujo se generalizó. En la comida se desdeñaban los vinos que no halagaban más que medianamente el gusto y se bebía el vino de Palermo, el Quíos u otros vinos famosos. Se comían los pescados más exquisitos y los platos más rebuscados cubrían las mesas. Cuando iban al foro los jóvenes llevaban vestidos confeccionados en una tela suave y transparente, parecidos a los que usaban las mujeres.

Todos estos productos que daban como resultado afeminarse, y el pernicioso goce de la vanidad, alcanzaron en poco tiempo precios exorbitantes; un ánfora de vino costaba 100 dracmas; un barril de salazón del Ponto, hasta 400; un buen cocinero cobraba 400 sueldos. Los [-91→92-] efebos bellos costaban mucho más aún. Esta vida licenciosa no conocía freno cuando algunos pretores, enviados a gobernar las provincias, intentaron cambiar estas costumbres disolutas proponiendo su género de vida, que decía bien con la autoridad de la que estaban revestidos como el modelo a imitar de una conducta pura y ejemplar".

Esta pintura de la vida disoluta de la juventud romana encaja perfectamente en el tipo de vida de los grandes latifundistas y esclavistas sicilianos. Ya Catón había tronado contra semejante género de vida, sin conseguir nada.

#### NÚMERO DE ESCLAVOS

La destrucción de Corinto en 146 a.C., decretada por el senado (Diod. 32,27,1; Cic. *De imp. Pomp.* 5,11), importante centro mercantil e industrial, que dañaba gravemente los intereses de los hombres de negocios romanos (Flor. 2,16; Oros. 5,3), puso en

el mercado gran cantidad de esclavos, ya que vendieron hasta las mujeres, los niños y los libertos (Oros. V,3; Paus. 7,17,8). Este mismo año, la mayor parte de los habitantes de Cartago fueron también vendidos (Cic. *Tusc.* 3,22,53; Oros, 5,23.7). Ya se ha recordado el texto de Diodoro, que menciona que Damófilo poseía un gran número de esclavos. Otros datos, que se pueden espigar en los fragmentos del historiador siciliano, coinciden con el párrafo citado y son los siguientes: 400 son los esclavos de Damófilo que pusieron en marcha la revuelta (Diod. 34-35, 2,11); poco después se juntaron una multitud de esclavos domésticos (Diod. (34-35, 2,12), es decir no sólo participan en la primera revuelta esclavos rurales, principalmente esclavos pastores, sino lo ocupados en las faenas domésticas. En tres días, Euno, uno de los líderes de la primera revuelta, armó a 6.000 hombres como pudo y le seguía una gran multitud armados con diferentes instrumentos (Diod. 34-35, 2,16). También había otras bandas de esclavos, muy numerosas (Diod. 34-35, 2,43) que hacían la guerra por su cuenta. El historiador reconoce que logró este líder victorias sobre los generales de Roma debido al número grande de sus seguidores, que calculó el historiador en 200.000 hombres en armas (34-35, 2,18). Otro de los jefes mandaba 5.000 hombres y Euno, además, tenía una guardia de 1.000 hombres (Diod. 34-35, 2,22). Insiste Diodoro (34-35. 2,27) en el gran número de esclavos que tenían los latifundistas y añade: "toda Sicilia se vio inundada de una tan grande multitud de esclavos, que apenas se puede creer lo que cuentan de su número"; y más adelante: "toda la isla estaba inundada de malhechores que se dividían en cuerpos de ejércitos". Floro (2,7,6) menciona 60.000 combatientes; en total 70.000 hombres afirma Livio (Per. 56) que tenía Cleón en el ejercito que mandaba. En opinión de Floro (2,7,2), la gente que seguía a Euno ascendía a 60.000 combatientes. Sumando los dos grupos, el de Euno y el de Cleón, se obtiene la cifra de 130.000 esclavos sublevados, cifra que parece aceptable.

Las cifras de esclavos en la segunda revuelta son mucho más bajas. La ganadería había perdido su importancia como resultado de la reforma de Rupilio de la que se hablará más adelante; la agricultura con el cultivo de la vid, del olivo y de los granos (Diod. 36,7.3) ocupaba ahora el primer puesto. Sin embargo, la ganadería era todavía importante (Diod. 36,4,5). Los latifundios habían disminuido considerablemente. El procónsul Licinio Nerva, al aplicar el decreto del senado sobre liberación de esclavos que antes habían sido libres, poco antes de la segunda revuelta, publicó una orden en la que se liberaba un gran número de esclavos (Diod. 36,3,2); Esta segunda revuelta comenzó con el asesinato de dos hermanos en el territorio de los ancilienos, por 30 esclavos suyos (Diod. 36,3,4); en una noche, los esclavos amotinados reunieron 120 compañeros (Diod. 36,3,5). Diodoro da otras cifras de los esclavos amotinados en esta segunda intentona de libertad, siempre bajas. A C. Titinio, de sobrenombre Gadeo, le acompañaba un cierto número de hombres (Diod. 36,3,6). 80 esclavos sublevados asesinaron al caballero romano Poplio Clonio (Diod. 36,4,1) y continuamente se les unieron más.

"En los primeros días de la revuelta, puntualiza el historiador siciliano, se contó más de 80 hombres en armas y poco después este número subió a 2.000 (36,3,2). .....Todos los esclavos se preparaban a sublevarse. ....La defección aumentó su número a tal punto que en el espacio de unos días se contó a más de 6.000 revoltosos....." (Diod. 36,4,4). Los jefes de las tres columnas en que se dividieron los esclavos en la segunda revuelta pudieron contar con un cuerpo de caballería de más de 2.000 hombres.... (Diod. 36,4,5). Salvio (al que se le nombra rey), después de la victoria en Morgantina sobre los romanos, llegó a tener una multitud considerable de partisanos que le permitieron doblar el número de sus fuerzas.... (Diod. 36,4,8). En el territorio de Segesta y de Lilibeo, al igual que en los alrede-

res, el contagio de la rebelión gana a todos los esclavos (Diod. 36,5,1)... Aquí, el jefe de la revuelta, Atenion, que era el administrador de los bienes de dos hermanos, hizo rebelarse a los 200 esclavos a sus ordenes y a los vecinos; en el espacio de cinco días reunió 1.000 (Diod. 36,5,1).

Este párrafo es importante por indicar el [-92→93-] número de esclavos que tenían dos hermanos ricos, que eran 200. Antes se ha dado la cifra de 30 esclavos en posesión de otros dos hermanos y 80 eran los esclavos del caballero Poplio Clonio.

Diodoro (36, 4, 1) puntualiza que los esclavos que sitiaban Lilibeo eran 10.000 (Diod. 36, 5, 3). En esta segunda revuelta, además de los esclavos, se sumaron a la rebelión hombres libres, sin recursos, lo que hizo que la base de la segunda revuelta fuera mucho más amplia que la de la primera, compuesta fundamentalmente por los esclavos. Estos libres sin tierras, que formaban bandas de pillaje independientes de las formadas por esclavos, debían ser numerosos, pues a ellos alude Diodoro en otro capítulo de su obra (Diod. 36, 11, 1) y cometían toda clase de excesos. 3.000 hombres fueron los que Atenión llevaba a sus ordenes cuando unió sus tropas a las de Salvio, que había sido proclamado rey (Diod. 36, 7, 2). Diodoro (36,8,2) en párrafo más adelante de su narración da la cifra total de 40.000 rebeldes y, en un solo encuentro, los romanos mataron 20.000. En el año 101, casi a la terminación de la revuelta, se citan aun 10.000 rebeldes contra los que marchó Aquilio (Diod. 36. 10, 1). No se mencionan esclavos sagrados en las revueltas.

#### PROCEDENCIA DE LOS ESCLAVOS

Los esclavos sicilianos procedían en su mayoría del Oriente. Probablemente vendidos por los piratas, o por deudas. El líder de la primera revuelta, Euno, era un esclavo sirio, nacido en Apamea (Diod. 34-35, 2, 5). Los nombres de todos los cabecillas son griegos, como Aqueo (Diod. 34-35, 2, 16), llamado así por su procedencia. Cleón era originario de Cilicia (Diod. 34-35, 2, 17). Sirio era Sarapión, el que entregó al general romano la ciudad de Tauromenium (Diod. 34-35, 2, 21). El nombre de sirios que Euno, proclamado rey con el nombre de Antioco, dio a sus seguidores, indica bien a las clases la procedencia de éstos (Diod. 34-35, 2, 24). En la segunda revuelta, los nombres de todos los líderes de los esclavos no son orientales. Varius (36, 3, 4-6) era un indígena; Caio o Marco Titinio (36, 3, 5-6) era romano como Salvio (36, 4, 4-8); Atenión, en cambio, era de Cilicia (36, 8, 2-4). También intervinieron esclavos sicilianos posiblemente los que se refugiaron en el templo de Paligus.

#### CAUSAS DE LAS DOS REVUELTAS

Diodoro es muy explícito al indicar las causas de las revueltas sicilianas. Los malos tratos de los dueños con sus esclavos motivaron las revueltas. El historiador siciliano insiste en esta causa en varios párrafos. Ya al comienzo, al referirse a la primera revuelta (Diod. 34-35, 2, 2-3), escribe sobre el particular:

"Frecuentemente expuestos a rudos trabajos, los esclavos eran tan maltratados en la comida y en el vestido, que la mayoría, para procurarse una subsistencia mejor, se entregaba al robo y se derramaban por todo el país, como tropas enemigas, y cometían numerosos asesinatos. Los pretores hicieron esfuerzos para atajar el mal, pero como no se atrevían a castigar a los esclavos, protegidos por el poder y la autoridad de sus amos, los representantes de Roma estaban obligados a abandonar sus provincias a salteadores impunes. La mayor parte de los propietarios de esclavos eran caballeros romanos, frecuentemente encargados de juzgar los procesos entablados a los gobernadores de las provincias y muy temidos de éstos. Aplasta-

dos de trabajos penosos, cada día peor tratados, perdiendo la fuerza de soportar su miseria, se reunían todas las veces que se les presentaba ocasión y planearon en estas reuniones un programa de revuelta. Pasaron del deseo a la acción".

Más escuetamente afirma un poco más adelante (34-35, 2, 10-11), al referirse a Damófilo, que trataba a los esclavos con una excesiva severidad al igual que su esposa Megallis, "exasperados por la violencia de la que eran víctimas, los esclavos planearon una revuelta, para deshacerse de sus dueños", y puntualiza en que consistían estos malos tratos:

"En el gran número de esclavos que Damófilo adquirió y que trataba a coces, se encontraban hombres nacidos libres en sus países, sin atención a ellos. Les trataba con el mismo rigor que a los otros. Les marcaba el cuerpo a todos con un hierro candente, a unos los encadenaba, condenaba a otros a trabajos comunes o los destinaba al cuidado de los ganados; ni les proporcionaba los alimentos, ni los vestidos que necesitaban. Todos los días, sin motivo, Damófilo torturaba a alguno de sus esclavos. Su esposa Megallis, a la que gustaba ser muy exigente, era la primera en castigar al que cometía una falta, ya se tratase de hombre o de mujeres. Una vez se le acercaron un grupo de domésticos desnudos y le pidieron vestidos; Damófilo de Enna, no les quiso escuchar. Les despidió aconsejándoles que se proporcionasen los vestidos robándolos".

Por las expresiones que continuamente usa Diodoro, todos los esclavistas se comportaban de idéntica manera a Damófilo y a su esposa. [-93→94-]

Estos esclavos dejaron libre a la hija de estos dos esclavistas que se portó bien con ellos. Diodoro (34-35, 2,13) hace con este motivo el siguiente comentario:

"Este hecho (la liberación de la hija) demuestra que los excesos cometidos por los esclavos no provenían de una crueldad natural de carácter, sino que era, por así decirlo, una revancha de los malos tratos de que habían sido víctimas".

La última idea la repite en otros párrafos (34-35, 2,39), lo que prueba que Diodoro disculpa a los esclavos y echa todas las culpas de la rebelión a los esclavistas por los malos tratos que daban a sus esclavos. Insiste repetidas veces el historiador en el desastroso comportamiento de los amos con sus criados, como causa de las revueltas. Baste citar este último párrafo (34-35, 2,26):

"Los malos tratos de los amos con sus esclavos fueron la consecuencia de las costumbres desenfundadas; los esclavos, cada día peor tratados, sentían acrecentar contra sus amos un odio despiadado. Este odio no se podía contener. Miles de esclavos, sin recibir órdenes, se juntaron con el designio de exterminar a sus tiranos".

La misma causa motivó, en opinión de Diodoro, la revuelta de Aristínico en Pérgamo. Un párrafo de Diodoro es altamente significativo del trato y de las causas por las que los esclavos tanto itálicos, como sicilianos, se entregaban al robo, como medio de subsistencia (34-35, 2,27):

"Los esclavistas itálicos, sobrecargados de una multitud de esclavos que no podían mantener, permitían, sobre todo a los empleados como pastores, entregarse al robo para procurarse los medios de subsistencia y de este modo les incitaban a hábitos criminales. Este ejemplo fue imitado en Sicilia".

Diodoro ha trazado descripciones espeluznantes del mal trato que se daba a los mineros hispanos (5,35-38) o a los de Egipto (3,12.1-4; 6). La descripción de los malos tratos a que estaban sometidos los esclavos sicilianos o itálicos, denota bien la rapacidad y avaricia de los grandes esclavistas, el desprecio absoluto de ellos hacia sus esclavos,



totalmente necesarios para las explotaciones agrícolas o ganaderas, los males inherentes a los latifundios, y la desesperación que engendra esta desastrosa situación. Nunca el hombre fue un lobo para el hombre, en expresión de los estoicos, más desvergonzadamente que en siglo II a.C., a pesar de que ya los estoicos y los cínicos habían arremetido en cierto modo contra la esclavitud al proclamar los estoicos la igualdad de todos los hombres; y en Oriente, de donde procedían la mayoría de estos esclavos, la religión había propagado la idea de la paternidad de dios, de la providencia, de la igualdad de todos los hombres y de que todos son hermanos. Señala también el historiador siciliano las causas de la no intervención de los tribunales romanos: el temor de los pretores a las represalias de los caballeros en los tribunales.

A lo largo de la narración de Diodoro aparecen bandas de esclavos dedicadas al saqueo que recorrían la isla; este texto confirma la veracidad de los anteriores párrafos, pues, dado el elevado número de esclavos que tenían los esclavistas, no los podían mantener. El cuadro que ofrecía Sicilia recorrida por estas bandas era bien sombrío. Diodoro da unas pocas, pero tenebrosas pinceladas de la situación a continuación de la anterior descripción de los efectos de la revuelta:

"En poco tiempo, los crímenes se multiplicaron hasta el infinito; estos salteadores comenzaron por asesinar en los caminos a los viajeros; después atacaron en bandas y durante la noche las granjas y las casas de campo de los propietarios, poco hábiles en defenderse. Se apoderaban por la fuerza, saqueaban y degollaban a los que osaban poner resistencia. Su audacia iba en aumento, a tal punto que en Sicilia los viajeros no podían continuar viaje al caer el sol. Los hombres que vivían en el campo no tenían ninguna seguridad. La violencia y el robo reinaban por todos los lugares. Innumerables asesinatos se cometían. Los pastores, acostumbrados a dormir al aire libre y a llevar armas, eran los más audaces y atrevidos. Armados de mazas, de picos y de bastones muy fuertes, cubiertos de pieles de jabalí y de lobos, tenían un aspecto terrorífico, que se diferenciaba poco de los soldados. Una jauría de perros robustos les procuraba la subsistencia. El alimento, abundante en leche y carne, que faltaba a estas fieras (los esclavos), robustecía sus cuerpos, al mismo tiempo que mantenía la ferocidad natural de sus almas. La audacia de los esclavos se apoyaba en la protección de sus amos. Todo el país estaba lleno de malhechores que se dividían en grupos armados" (34-35, 2,28-30).

Termina esta caótica descripción de Sicilia, recordando la idea expuesta ya de que los gobernadores no se atrevían a tomar medidas contra tan desastrosa situación, por ser los esclavos propiedad de los caballeros, a los que los pretores los podían, desde la reforma de los Gracos, encontrar en los tribunales. El trato más duro que se podía dar a los esclavos era no proporcionarles el vestido y el sustento suficiente e incitarles a vivir mediante el robo. Diodoro puntualiza que los crímenes los cometían los esclavos estimulados por la necesidad y protegidos por los esclavistas. En otros párrafos repite esta misma idea del mal trato como causa que explica la revuelta (34-35,2 36-37). El historiador (34-35, 1,11) cuenta el caso de los dos Gorgos, padre e hijo, que sorprendidos mientras disputaban quién huía primero, fueron asesinados por unos salteadores.

La situación de los libres desprovistos de tierras no era mucho más halagüeña que la de los [-94→95-] esclavos. La necesidad les obligaba al bandidaje y a encontrar en el robo el medio de subsistencia. Diodoro es con ellos más duro que con los esclavos, pues a éstos les libra de culpa; en cambio, de los primeros afirma que se entregaban al saqueo o por necesidad o por inclinación natural al crimen. El cuadro de sus rapacidades es bien tétrico, tal como lo pinta Diodoro:

"Estos criminales se repartían en bandas por el campo, robaban los ganados, saqueaban las cosechas almacenadas en los graneros, asesinaban indistintamente a los libres o a los esclavos con los que se topaban para que no hubiera posteriores denuncias. Las autoridades romanas, reducidas a la impotencia de frenar el mal, no administraban justicia. La más completa anarquía siguió al silencio de los tribunales. Como la ley no exigía ninguna cuenta de sus acciones, los mayores excesos se cometían impunemente y el bandidaje o la violencia reinaba por todos los sitios. Las propiedades de los ricos eran invadidas. Los que ocupaban los primeros puestos en sus ciudades, por su dignidad o por su riqueza, eran víctimas de un cambio de suerte, expuestos a los ultrajes o a la rapacidad de los esclavos. Estaban obligados a tolerar los robos, que algunos hombres libres, pero indigentes, hacían de los bienes que los ricos tenían en el interior de las ciudades y que ellos mismos consideraban poco seguros. Las propiedades, situadas fuera de las ciudades eran la presa de los atentados, de la rapacidad de los esclavos y eran tenidas por perdidas. Todo era caos y confusión en las ciudades, donde la misma sombra de la justicia no existía más. Además, el campo abandonado era intolerable; los revoltosos no tenían freno en las acciones contra sus dueños, se contentaban con la fortuna inesperada que la suerte les proporcionaba. Mientras tanto, los esclavos encerrados en las ciudades, contagiados con la revuelta, esperaban el momento favorable para sublevarse y sólo inspiraban temor a sus dueños" (36, 11, 1 ss.).

Esta descripción se refiere a la segunda revuelta de esclavos y concretamente al año 101 a.C. En Sicilia, como resultado de los grandes latifundios, existía, pues, una gran cantidad de pobres desesperados, dispuestos a toda clase de crímenes para sobrevivir. Eran gente totalmente marginada de la sociedad, pero tampoco se sentían vinculados con los esclavos, a los que asesinaban. En esta segunda revuelta, junto a los esclavos, participan los indígenas desposeídos de tierras. Existía, pues, en Sicilia la misma falta de tierras que en Hispania<sup>12</sup> y que en Italia, lo que motivó en esta última península la reforma de los Gracos. En Grecia también había el problema de falta de tierras, pero encontraban los pobres, como los lusitanos y celtíberos, una válvula de escape a su desastrosa situación económica y social en alistarse, como tropas mercenarias, en los ejércitos del Mediterráneo oriental<sup>13</sup>. La solución que dieron estos indígenas, de condición libre, pero sin tierras, es la misma que la que también adoptaron lusitanos y celtíberos, o sea, vivir del saqueo y del pillaje.

Diodoro señala en este caso, como en el de los esclavos, la ineficacia del poder romano para poner freno a semejante caos<sup>14</sup>.

#### FINES DE LA REVUELTA

Las dos revueltas de esclavos no se proponen, esto lo deja Diodoro bien claro, abolir la esclavitud, ni cambiar la estructura económica y social de la isla. Los esclavos sólo pretendían la libertad, muy querida para los griegos<sup>15</sup>.

<sup>12</sup> A. García y Bellido, *Bandas y guerrillas y su lucha con Roma*, Madrid 1945. J.M. Blázquez, *La romanización*, Madrid 1974, 191 ss.

<sup>13</sup> H.W. Palmer, *Greek mercenary soldiers from the earliest times to the battle of Ipsus*, Oxford 1970.

<sup>14</sup> Sobre el problema de la violencia al final de la República Romana cf. A.W. Lintott, *Violence in Republican Rome*, Oxford 1968.

<sup>15</sup> A.J. Festugière, *La libertad y la civilización entre los griegos*, Buenos Aires 1972. M. Pohlenz, *La liberté grecque. Nature et evolution d'un idéal de vie*, Paris 1956. Ch. Wirszubski, *Libertas as a political idea at Rome during the Late Republic and Early Principate*, Cambridge 1968.

Los esclavos sicilianos contaban con el precedente de las liberaciones de esclavos en la Isla y en el Mundo Griego, ya que en la propia Sicilia el tirano de Siracusa, Dionisio, había dado la libertad a los esclavos, concediéndoles el derecho de ciudadanía, llamándoles *neopolitai* (Diod. 14. 7). Critias sublevó a los penestres de Tesalia contra sus dueños y Cinadon a los libertos contra las instrucciones espartanas (Xen. Hell. 3, 3, 6). El tirano de Heraclea, Cleajos, liberó a los esclavos y los casó con las hijas y esposas de sus antiguos dueños (Iust. 16, 5, 1-2). Filippo II de Macedonia, en la liga de Corinto, hizo jurar a los componentes de esta liga que no liberarían a los esclavos, ni harían reparticiones de tierras, ni condonarían las deudas (Demost. 17, 15), lo que prueba que existía el peligro de la liberación. En Esparta, Agis y Cleómenes liberaron a los esclavos, al igual que Nabis, que también les casó con las esposas e hijas de sus dueños (Pol. 16, 3; Liv. 34, 31, 11, 14; 32, 9).

Este fin está claro en el historiador siciliota. Esta finalidad de la revuelta venía motivada por el hecho, ya indicado al referirse a los malos tratos de Damófilo a sus esclavos, de que muchos esclavos habían nacido libres; probablemente lo fueron todos los líderes de las dos revueltas. Gran parte de los esclavos sicilianos quizás incluso, pero injustamente, debieron perder su libertad por sus deudas, debido a la rapacidad de los recaudadores de contribuciones en sus países de origen. En la segunda revuelta, conociendo bien el líder Salvio y los esclavistas cual era el mayor bien que los esclavos valoraban, prometieron la libertad a los que se unieran con él y con los esclavistas y les ayudaran en la guerra. También el procónsul hizo esta [-95→96-] misma promesa, pero no la cumplió y los esclavos de Morgantina se sumaron a Salvio (Diod. 36, 4.8). Poco antes ha contado el historiador la causa por la que muchos libres en Oriente caían en la esclavitud y que denota bien la rapacidad de los publicanos que recaudaban las contribuciones y el nulo caso que Roma hacía de los tratados. Cuando a Mario le autorizó el Senado a emplear contra los cimbrios tropas auxiliares reclutadas en las provincias, acudió a Nicomedes, rey de Bitinia, el cual no se los pudo proporcionar porque los publicanos habían esclavizado a todos los que no estaban en condición de pagar los tributos. Con este motivo, el Senado decretó que en los pueblos aliados de Roma ningún hombre libre podía ser sometido a esclavitud; en provincias, los gobernadores libertarían a los esclavos que habían sido privados de la libertad. Licinio Nerva, procónsul de Sicilia, aplicó en la isla este decreto y libertó a muchos esclavos. Esto sucedía en el año 104 a.C. En un solo día, 800 se vieron libres. Todos los esclavos querían ser libres, por haberlo sido antes seguramente. Los esclavistas acudieron al procónsul para que no aplicase el decreto, lo que hizo Nerva. Al ver los esclavos que la aplicación del decreto se interrumpió, se refugiaron en un bosque sagrado alrededor del templo de Paliques y planearon la segunda revuelta (Diod. 36,3,3). La no aplicación del decreto, por lo tanto, es la causa determinante de la segunda revuelta.

El programa de los líderes esclavos, en ambas revueltas, era convertir a Sicilia en una monarquía del tipo de las de Oriente, de donde ellos procedían, lo que prueba que ellos rechazaran la constitución romana como forma de gobierno. Como monarcas orientales actuaron. El cabecilla Euno fue proclamado rey (Diod. 34-35, 2,14,41) en la primera revuelta y gobernó como rey; convocó una asamblea, condenó a muerte a los habitantes de Enna, inútiles para fabricar armas, entregó a Megallis a sus esclavos y, después de torturarla, la despeñó desde una torre. Asesinó con su propia mano a sus amos Antigenes y Pitón. Se colocó una diadema y todas las insignias reales y nombró un consejo de personas de reputación; se rodeó de una guardia personal de mil hombres y se dio el nombre de Antioco (34-35,2, 8-9,13,39,41). Iba acompañado de un cocinero,

de un panadero, de un masajista y de un bufón, que le divertían durante la comida (34-35,2,22), como a los monarcas orientales (34-35,34,1). Como sugiere J. Vogt, Euno trasplantaba la constitución seléucida al Mediterráneo central. Sin embargo, no hay huellas de un culto real, lo que quizás encuentra explicación en el hecho de tenerse por ministro de la diosa siria Atargatis. Cierta carácter democrático se manifiesta en la creación de una asamblea del pueblo y un tribunal popular, que tenía sus reuniones en el teatro y en el que participaba la mayoría de los rebeldes. También acuñó moneda, símbolo de la soberanía, con la cabeza de Démeter (Diod. 34-35,2,14,16), lo que vinculaba esta revuelta a la gran diosa siciliana, posiblemente por participar en la guerra esclavos sicilianos igualmente.

En la segunda revuelta, el carácter democrático queda bien patente en el nombramiento en la asamblea de esclavos de Salvio como rey. Salvio fue proclamado rey con el nombre de Trifón. Trifón vestía la *toga praetexta* bordada de púrpura, la *laticlava* de los romanos, se hacía preceder de *lictors* armados de *fasces* y no olvidaba ninguno de los ornamentos propios de la dignidad real; constituyó el palacio en Triocola (Diod. 36,7,3), un foro amplio y formó un consejo con hombres prudentes que le acompañaban en las audiencias (Diod. 36,7,1-4). Este rey, mezclaba, pues, los símbolos de las realezas orientales con los propios del poder romano. También fue aclamado rey Atenión (36,5,2), que se ciñó la diadema (Flor. 2,7,10), al que los astros le habían profetizado el dominio de la isla.

Esta costumbre de coronarse reyes los líderes que se ponían al frente de los esclavos era frecuente. Diodoro (36,2,3) cuenta de un caballero romano, Tito Menutio, que se puso al frente de una pandilla de esclavos, que se proclamó rey, se ciñó la corona, vistió un manto de púrpura, se rodeó de *lictors* y tomó todos los símbolos del poder real. Esto sucedía en el año 104 poco antes de la segunda revuelta.

#### MOTIVACIONES RELIGIOSAS

Ya hemos indicado que es muy probable que ideas religiosas y filosóficas, ya esparcidas por el Oriente, estuvieran en la base de las revueltas sicilianas<sup>16</sup>. Esto mismo se deduce del carácter religioso que rodea a los principales cabecillas de los esclavos. Muy significativo a este respecto es el hecho de que los esclavos se dirigiesen a Euno, un adivino<sup>17</sup>, que tenía trato corriente con los dioses, y le preguntasen si estos permitían llevar a cabo el proyecto de revuelta, lo que contestó Euno satisfactoriamente, y que eligiesen rey a un prestidigitador que echaba llamas por la boca, lo que a los esclavos maravillaba sobre manera (Diod. 34-35,2,10). Euno era un mago y un profeta, como en un párrafo anterior le describe el historiador:

"Era tenido por mago, por obrador de prodigios y por inspirador; pretendía recibir en sueños órdenes de los [-96→97-] dioses, que le indicaban el futuro. Con este tipo de superchería hacía toda clase de engaños; como cada día crecía su reputación, no se contentaba con emitir oráculos sacados de los sueños sino que fingía que en el sueño los dioses se le aparecían, que entendía él perfectamente sus palabras y que le indicaban el futuro. Entre el gran número de trapacerías que profetizaba, algunas, por casualidad, se cumplieron; cuando se trataba de profecías no cumplidas, nadie se atrevía a demostrar la falsedad; por el contrario, cuando se realiza-

<sup>16</sup> S.I. Kovaliov, (*Historia de Roma*, Buenos Aires 1964,345) admite un programa social utópico, embellecido por motivos religiosos para la revuelta de Aristónico.

<sup>17</sup> R. Bloch, *Les prodiges dans l'antiquité classique*, Paris 1963.

ban, daban a su autor, nuestro mago, una gran reputación para mejor embaucar a los que le oían; no emitía oráculos, sino arrojando llamas por la boca, simulando todos los movimientos de un inspirado; para más impresionar a la gente, utilizaba una máquina. Ponía fuego en una nuez o en otro recipiente parecido, perforado con dos agujeros, con una sustancia inflamable que colocaba en la boca; soplando hacía saltar chispas o una llama. Poco antes de la revuelta, este impostor pretendía que la diosa siria se le había aparecido y que le había profetizado que llegaría a ser rey. Se jactaba de esta profecía; incluso su propio dueño, Antigones, que le encontraba entretenido, se vanagloriaba de las profecías de Euno, así se llamaba el esclavo; le hacía con frecuencia venir durante la cena y le preguntaba diversas cuestiones sobre su futuro reino y sobre el modo de como se portaría con los convidados. El impostor respondía sin inmutarse a todas las preguntas, prometía cuidar a sus dueños; frecuentemente divertía a los asistentes con la variedad de sus bromas. Algunos de los comensales cogían de la mesa algunos alimentos y se los daban a Euno y le incitaban a acordarse de este regalo cuando fuera rey. Esta predicción del charlatán acabó por cumplirse. El esclavo llegó realmente a ser rey y recompensó a los que en los banquetes le hicieron útiles presentes". (Diod. 34-35, 2,5,7)

Los calificativos que da el historiador a Euno son de charlatán y embaucador. Personajes parecidos aparecen siempre en vísperas de las revueltas, entre gente marginada y explotada que encuentra en las profecías un escape a su desastrosa situación económica y social y un consuelo. Un profeta, a la vez guerrero, Olíndico, aparece igualmente a comienzos de la primera guerra celtibérica (Flor. 1,33,13), que se convirtió en el jefe de los celtíberos, que afirmaba que había recibido una lanza de plata del cielo. J. Vogt ha ido más allá en la interpretación del papel de Euno, al escribir que "The emphasis laid on the miraculous powers of the man close also points to the idea of the Messianic King". Este autor ha insistido en su creencia de que la vuelta de Euno estaba influenciada por la guerra de liberación de los Macabeos. En el Oriente Próximo y en el Antiguo Testamento hay una serie de narraciones de líderes religiosos y liberadores, que coinciden con el retrato de Euno en una serie de puntos que han sido señalados por este autor, como en los milagros, en arrojar llamas que salían de la boca, unidas a la profecía y añade: "Yo estoy seguro que él se creía que estaba divinamente inspirado, como profeta y guerrero y fue aceptado como tal por sus seguidores", hipótesis que es muy probable, al igual que la idea de que, como Juan Hircano, él combinaba en su persona tres atributos muy importantes en la revuelta: el liderazgo político, el sacerdocio y el poder emitir profecías.

La religión también desempeñó su papel importante entre los vencedores, en plena primera revuelta. Diodoro (34-35,10) cuenta al efecto que ...

"en un acceso de temor supersticioso, siguiendo un oráculo sagrado de los libros sibilinos, el Senado envió a Sicilia una comisión que, después de recorrer la isla entera, hizo sacrificios en los altares de Júpiter Etnio. Cumplió el voto y rodeó el recinto sagrado, donde el templo se encontraba, con una muralla, a fin de hacerlo inaccesible al público, salvo a los que de diferentes ciudades de Sicilia venían a hacer sacrificios, según los ritos de los antepasados".

Probablemente se trataba con todas estas disposiciones de aplacar la deidad de uno de los santuarios más famosos de la isla, en la zona de la revuelta, quizás en la creencia de que la revuelta había estallado por enojo de Júpiter, o también buscando la protección divina para la terminación feliz de la guerra. Esta visita al santuario del Etna viene motivada, seguramente, por la erupción del volcán en el 134 a.C., de la que habla Orosio (5,6,2), presagio de la tormenta que azotaba la isla.

Al comienzo de la segunda revuelta, un grupo de esclavos sicilianos se refugiaron en el bosque sagrado que había alrededor del templo de Paliques, preparando allí el plan de revuelta (Diod. 36,3,3). Este templo era famoso por el derecho de asilo otorgado a los esclavos (Diod. 11,89) que allí se refugiaban. Salvio, elegido rey por la asamblea, era un flautista que tocaba en los festivales de mujeres; muy probablemente, este oficio daba, en la opinión de los esclavos, un cierto carácter religioso a su nombramiento; fue proclamado después de un sacrificio solemne hecho al héroe Paliques; sus seguidores le dieron el nombre de Tryphon (Diod. 36,7,1). Era también Salvio un agorero (Diod. 36,4,4), al igual que Atenión (Diod. 36,4,5). Salvio, después de sitiar Morgantina y de penetrar en la llanura de Leontinoi, hizo un sacrificio al héroe Paliques, le ofreció un vestido pintado de púrpura, que posiblemente era una toga *praetexta* o *laticlavia*, tomada a los romanos (Diod. 36,7,1). Este ofrecimiento, lo mismo que [-97→98-] la reunión en el templo, indica que los cultos sicilianos indígenas también desempeñaron un papel importante en la segunda rebelión, al igual que la diosa siria Atargatis lo había desempeñado en la primera, y Démeter.

Tan evidente como en las revueltas sicilianas es el papel jugado por la religión en la revuelta de Aristónico en Pérgamo, que a los esclavos seguidores les dio el nombre de heliopolitanos (Diod. 14, 1, 38).

#### ORGANIZACIÓN DE LAS REVUELTAS.

La primera revuelta tuvo como escenario principal la Sicilia centro oriental (Enna, Agrigento, Tauromenium, Catania y Morgantina), tierra típica de latifundios dedicados a la cría de grandes rebaños, según Floro (2, 7, 3), lo que confirma Diodoro al afirmar que la isla estaba llena pastores (34. 2, 30) elegidos entre los esclavos más jóvenes y fuertes. Precisamente Cleón, uno de los cabecillas de una de las bandas de esclavos que desde niño había sido salteador y asesino, era un guardián de caballos (Diod. 34-35, 2, 43) en Agrigento. En la primera revuelta, como se señaló ya, intervinieron fundamentalmente pastores y en número muy inferior a los pastores, gentes libres desposeídas de tierras, que se portaron con más ferocidad que los esclavos (Diod. 34-35, 2, 48), y esclavos domésticos de las ciudades (Diod. 34-35, 2, 16). En la primera revuelta participaron también artesanos empobrecidos, que serían seguramente libres, que se dedicaron a la fabricación de armas (Diod. 34-35, 2, 15). En la segunda intervinieron esclavos y libres sin tierras.

La importancia de la primera revuelta queda bien manifiesta en el hecho de que los esclavos se apoderaron de tres ciudades: Enna, Morgantina y Tauromenium (Diod. 34-35, 2 20). Catania igualmente debió ser controlada por los rebeldes, como sugiere Pareti<sup>18</sup>, como se deduce de que a esta ciudad enviaron los esclavos a la hija de Damófilo y de la afirmación de Estrabón (6, 3) de que sufrió daños graves en la rebelión. Agrigento fue devastada por la banda de Cleón (Diod. 34-35, 2, 43). Los esclavos se defendieron en la primera revuelta con tal valor que lograron vencer a cuatro pretores, al decir de Floro (2, 7, 7), y la guerra tuvo que ser dirigida por los propios cónsules, lo que indica la gravedad de la lucha y la importancia que Roma concedía a la pacificación de la isla. La guerra fue llevada con una ferocidad inaudita por los rebeldes. En la ciudad de Etna, por ejemplo, escribe Diodoro (34-35, 2, 11-12), "forzaron las casas, asesinaron un gran número de personas, ni perdonaron a los niños de pecho, que arrebataron del seno maternal, para aplastarlos contra el suelo y pisarlos. Es imposible de enumerar todos los ultrajes que estos locos se permitieron con las mujeres, en presencia de sus pro-

<sup>18</sup> *Op. cit.*, 297.

pios esposos. Los esclavos domésticos, después de cometer crueldades inauditas con sus dueños, se ensañaron contra otros ciudadanos, a los que no pertenecían". En el año 133 a. C., los esclavos llamados sirios cortaban las manos a los prisioneros; no se contentaban con cortarles los dedos de la mano, sino mutilaban a los desgraciados hasta el brazo. La costumbre de cortar las manos a los prisioneros se documenta en otras guerras como en la numantina, cuando Escipión cercenó las manos a 400 jóvenes, partidarios de la guerra (App. *Iber.* 93), poco antes de la caída de la ciudad; en el año 141-140 a.C., Viriato cortó las manos a la gente de Connoba (App. *Iber.* 69). Los lusitanos amputaban la mano derecha de los cautivos y se las ofrecían a sus dioses (Str. 3, 154). Sicilia conocía, desde la toma de Selinunte por los cartagineses, en el año 409 a.C., la costumbre de cortar las manos. Diodoro (13, 57, 3) cuenta que los púnicos mutilaban las extremidades de los cadáveres; algunos iban con racimos de manos cortadas, colgadas de la cintura y otros blandían las cabezas cortadas, clavadas en las puntas de las lanzas.

Diodoro (34-35, 2, 25) justifica la calificación de esta sedición como la más grande que soportó Sicilia, por las graves calamidades que sufrieron muchas ciudades, los innumerables hombres, mujeres y niños que soportaron grandísimas desgracias y por el hecho de que toda la isla estuvo a punto de caer en poder de los esclavos fugitivos. Algunas figuras importantes de la rebelión de los esclavos se oponían a los desmanes de éstos, como Aqueo (Diod. 34-35, 2, 42).

No se seguirán en este trabajo las peripecias de las campañas, que pueden verse en cualquier historia detallada de Roma, como la de Pareti<sup>19</sup>; tan sólo señalaremos algunos aspectos importantes para el contenido del presente estudio, como es que el odio contra los esclavistas llevó a los rebeldes a asesinarlos como a Antigenes, a Damófilo y a Megallis, sículos estos dos últimos según Pareti<sup>20</sup>, aunque con nombre griego. Según se recordó ya, operaban varias bandas al mismo tiempo, en principio independientes, pero que después se unieron. Euno capitaneaba una, Cleón otra. El campo de operación de esta última son las proximidades de Agrigento. Los esclavistas tenían esperanzas en que se enfrentasen las dos bandas, pero se ~~[-98→99-]~~ equivocaron, pues los revoltosos se unieron (Diod. 34-35,2,17,43). Los esclavos se apoderaban de las posesiones de sus antiguos dueños; a Aqueo, Euno (Diod. 34-35,2,42) le dio la casa de su antiguo señor. Los esclavos que caían en poder de los romanos terminaban en el patíbulo, como los prisioneros cogidos en Morgantina (Oros. 5,9,6), lo que los obligaba a defenderse como fieras, pues sabían que si caían prisioneros eran asesinados. Esto explica la defensa desesperada de Tauromenium hecha por el hermano de Cleón, de nombre Comano, donde los esclavos sin víveres llegaron al canibalismo (Diod. 34-35,2,20-21; Oros. 5,9,7; Str. 6272), siguiendo el ejemplo de los numantinos (App. *Iber.* 95-97), de los saguntinos (Petr. *Sat.* 141) y de los calagurritanos, por ser fieles a la memoria de Sertorio (Val. Max. 7,6 extr.3). Los prisioneros también se suicidaban si podían, como Comano (Diod. 34-35,2,20; Val. Max. 9,12 extr. 1). Se quitaron la vida igualmente, al verse perdidos, los mil que seguían a Euno (Diod. 34-35,2,22). En este aspecto, los revoltosos, como otros pueblos, preferían la muerte a la esclavitud, como los cántabros, que se suicidaban (Str. 3,4,17) antes que perder libertad. Orosio (96,21,8) y Floro (2,33,50) cuentan, a este particular, que los habitantes del Monte Medulio se suicidaban antes de caer en la esclavitud. Estrabón (3,4,18) escribe, en general, que los iberos llevaban consigo un veneno para suicidarse si la ocasión se presentaba propicia.

<sup>19</sup> *Op. cit.*, 300.

<sup>20</sup> *Op. cit.*, 246 s.

Estallaron, en la segunda, como en la primera revuelta, varios focos de rebelión; unos eran los esclavos siracusanos, refugiados en el templo de Paliques; un segundo operaba en Alice, a las ordenes de Vario (Diod. 36,3,4-6); un tercero seguía a Salvio (Diod.36,4,1); este último se movía en la región de Heraclea y el cuarto, a las órdenes de Atenión, en Segesta y Lilibeo (Diod. 36,5,1). Después se unieron estas bandas. Esta segunda revuelta estaba más organizada y los revoltosos se dividieron en guerreros y trabajadores (Diod. 36,5,2). Salvio formó con su gente dos ejércitos, uno de caballería y otro de infantería (Diod. 36,4,5). La guerra fue llevada, como la primera revuelta, con ferocidad por ambos combatientes y con valentía por parte de los esclavos, que lograron varios triunfos espectaculares sobre los romanos. Morgantina fue cercada por los esclavos (Diod. 36,4,5) y Triocola ocupada. Los esclavos, que cayeron prisioneros fueron despenados (Diod. 36,3,4). Al final, un grupo de mil se entregó a Aquilio, bajo promesa de salvar la vida, pero fueron después condenados a las fieras en Roma; ellos prefirieron suicidarse; el último que lo hizo fue su jefe Sátiro (Diod. 36,10,3). Este acontecimiento demuestra, una vez más, que Roma no hacía ningún caso de la palabra dada por sus gobernantes y generales, como lo prueba, además de este episodio, el origen de la guerra contra Viriato, cuando Galba atrajo a los lusitanos con el pretexto de repartirles tierras y mató, a continuación, a casi 30.000 (App. *Iber.* 69), en 151-150 a.C. Posidonio (frag. 35, Athen. 6,104, p. 272 E) hace morir a un millón de hombres en las revueltas sicilianas, cifra a todas luces exagerada.

#### DISPOSICIONES DE ROMA

Roma conocía bien la raíz de las revueltas de Sicilia, motivadas en último término de la existencia de los latifundios. Después de cada una de las dos revueltas procuró disminuir su extensión para arrancar la causa.

Al final de su consulado, en el año 132 a.C. y como procónsul en el 131 a.C., M. Valerio Rupilio tomó medidas para pacificar la isla (Cic. 2 *Verr.* 2.32;2.40). Diodoro (34-35,2,23) escribe que recorrió la isla pacificándola, lo que parece indicar que mejoró las condiciones económicas de los esclavos y de los pobres libres y que disminuyó la extensión de los latifundios. Estas dos medidas no tienen de extraño que se aceptasen, pues son contemporáneas de la reforma de Tiberio Graco. Transformó gradualmente las tierras de pastoreo en campos dedicados a la agricultura. Los resultados fueron buenos. V.M. Scramuzza los deduce de los siguientes datos, sacados de Diodoro: 1).- 60 ó 70.000 esclavos participan en la primera revuelta y sólo 40.000 en la segunda (Diod. 36,8,2). 2).- En la primera revuelta figura un esclavista, Damófilo, con 400 esclavos (Diod. 34-35,2,11); en la segunda el dueño citado con más esclavos tiene 30 (Diod. 36,3,4). En el 105 a.C. el gobernador Nerva libertó a 800 esclavos y hubiera dado la libertad a mayor número de no encontrar la oposición de los esclavistas (Diod. 26,3, 2-). La muerte de varios miles de hombres en las dos revueltas, necesariamente disminuyó las posibilidades del latifundio. 3).- Muchos latifundistas debieron comprender, que era preferible parcelar o vender sus tierras, que exponerse a nuevas revueltas. La Sicilia de Verres en el año 71 a.C. es tierra de pequeños propietarios, como se deduce de las *Verrinas* de Cicerón. En opinión de Valerio Máximo (6,9,8), Valerio Rupilio concedió a los republicanos un papel importante en la explotación de la provincia. También perfeccionó el sistema fiscal con la exención de tributos de los puertos. Hizo desplazamientos de la población para repoblar las ciudades semidesiertas, como Heraclea (Cic. 2 *Verr.* 2,2,50,125), Elnoro y Enna (Ps. Ascon. 212), ello le [-99→100-] permitió hacer distribuciones de tierras a los desposeídos de ellas. En los senados de las ciudades equilibró la



participación de los antiguos y nuevos ciudadanos (Cíc. 2. *Verr.* 2,50,123), Diez legados ayudaron a Rupilio en la redacción de la *lex Rupilia* que también tocaba aspectos judiciares. Si los litigantes pertenecían a la misma ciudad, el pleito se fallaba en la ciudad, según las leyes locales. Si pertenecían a ciudades diferentes, el pretor sorteaba el juzgado local. Si el litigio era entre un particular y una ciudad, el senado de una tercera ciudad fallaba. Si el pleito era entre ciudadano romano contra indígena, el juez era nativo; por el contrario, si un siciliano llevaba a juicio a un romano, el juez era romano (Cíc. 2 *Verr.* 2,13,32,37.90, etc.). Algunos aspectos de esta ley favorecían claramente la causa de los nativos.

Sin embargo la *lex Rupilia* fue insuficiente para extirpar la raíz de la revuelta.

La comisión de los diez legados, nombrada por el Senado, se repite en la Historia de Roma después de una gran guerra, cuando hay que organizar un país arrasado por la contienda; así una comisión de decenviros con Mummio organizó Grecia en seis meses después de la destrucción de Corinto (Cíc. *ad Att.* 6,4.30; 13.5,1); otra comisión similar ayudó a Escipión, después de la destrucción de Cartago, a dar forma a la *lex Provinciae* (App. *Iber.* 135), y una segunda, después de la destrucción de Numancia (App. *Iber.* 99), puso orden en Lusitania y en Celtiberia. Una comisión compuesta por cinco personas fue enviada a Pérgamo a arreglar la sucesión de Atalo III (Plut., *Tib. Grac.* 21,2; Str. 14,1,38).

Terminada la segunda revuelta, Mario Aquilio permaneció en la isla parte del año 100 a.C. como procónsul, reorganizándola y disponiendo las medidas necesarias para que no hubiera otra revuelta. Cicerón (2 *Verr.* 3,54,125) coloca su actuación junto a la de los otros dos organizadores de Sicilia, M. Laevino y Rupilio. Las disposiciones que tomó no son bien conocidas. Prohibió a los esclavos llevar armas (Cíc. 2. *Verr.* 4,3,7) y dictó disposiciones para que no faltase grano (Cíc. *Pro. Rull.* 83). A Aquilio deben remontar las medidas que terminaron con el latifundio siciliano. Las medidas adoptadas perjudican los intereses de los ricos y fue sometido a juicio a continuación. (Cíc. *Div. in I aes.* 21,69; 2. *Verr.* 4,2,3; Liv. *Per.* 70).

#### CONSIDERACIONES FINALES

En las citadas revueltas del Mediterráneo, y en alguna otra como la de Andriscos de Macedonia del año 149 a.C., los esclavos son utilizados por los tiranos o reformadores para sus fines particulares; en Sicilia, por el contrario, los esclavos son los protagonistas de la revuelta y los fines que se proponen benefician exclusivamente a ellos. Las dos revueltas de esclavos sicilianos coincidieron con otras revueltas de menos envergadura; no creo que se pueda hablar de un plan organizado en el Mediterráneo central u oriental, ni de un movimiento proletario <sup>21</sup>. Tampoco van contra la esclavitud, en lo que coincidimos con I.S. Sigman. Como ha escrito Finley <sup>22</sup>:

"the slaves were not seeking a social revolution, they were not abolitions nor was there "comunist international" behind the spread of the rebellion to other parts of the Mediterranean world, as was at one time seriously believed by some historians... some historians have suggested that the revolt was a religions and nationalist movement in the full sense, drawing analogies with Messianic and even with the peasant revolts in central Europe during the Reformation. That seems doubtful".

La situación era explosiva, como se dijo mas adelante, en todo el siglo II a.C. por el gran número de esclavos, que las continuas guerras vertían sobre los mercados, por la

<sup>21</sup> J. Vogt, op. cit., 83 ss.

<sup>22</sup> *Op. cit.*, 141 s.

concentración de ellos en las concentraciones agrícolas, ganaderas y mineras, de proporciones descomunales. Sólo en las minas de Carthago Nova, cuando Polibio las visitó, trabajaban 40.000 esclavos (Str. 3,2,10), pero no se conoce ninguna revuelta de esclavos en Hispania. A todo esto se unía el mal trato de los esclavistas, las ideas de utopía que circulaban por todo el Mediterráneo <sup>23</sup>, las ideas sobre la igualdad de los hombres y la providencia divina, conocidos en el Oriente. Muchos esclavos habían sido antes libres. Al igual que en Sicilia aparecieron diferentes bandas de esclavos revueltos, en el Mediterráneo explotaron rebeliones. Cuando, el caldo de cultivo para la rebelión está preparado, brotan fácilmente en diferentes puntos revueltas y aparecen enseguida cabecillas. Lo mismo sucedió en Hispania con la guerra Lusitana, inmediatamente surgieron diferentes bandas, independientes unas de otras, bajo la dirección de varios caudillos. Viriato fue el principal, pero hubo otros varios, como Púnico. Cesáreo, Cancero (App. Iber. 56-57), Curio y Apuleyo (App. Iber. 67-69). Tautalos (App. Iber. 72). [-100→101-]

Tampoco los esclavos tienen conciencia de clase. Los esclavos urbanos no sólo permanecen neutrales, sino que luchan al lado de sus amos, tal como pasó en Morgantina, (Diod. 36,3) <sup>24</sup> y fueron traicionados por sus propios líderes. Los libres desposeídos de tierras incluso, mataron a los mismos esclavos y no hicieron causa común. Estamos en este punto de acuerdo con G. Manganaro <sup>25</sup>, que no van unidas las revueltas a la lucha de clases. La lucha de ricos contra pobres, o de esclavos contra esclavistas, por el mal trato recibido, no es lucha de clases. Coincidimos con P. Oliva <sup>26</sup>, en que las revueltas es un aspecto de la crisis general de la República romana y de los estadios helenísticos, pero no las consideramos como una forma de lucha de clases.

Los esclavos no tenían un plan preconcebido, ni de repartir tierras, ni de cambiar la estructura económica y social de Sicilia, que de momento arrasaron sin pensar en el futuro. Los líderes querían hacer una monarquía de tipo helenístico.

El fracaso de las dos grandes revueltas sicilianas no terminó con el problema planteado en ellas en el Mediterráneo central; faltaba aún la más peligrosa revuelta que sufrió Italia en época republicana, la de Espartaco <sup>27</sup>.

<sup>23</sup> J. Vogt, *Op. cit.*, 26 ss. J. Ferguson, *Utopias of Classical World*, Oxford 1975, passim. C. Mossé, *Les utopies égalitaires à l'époque Hellénistique*, *RH* 241, 1969, 300 ss.

<sup>24</sup> M.I. Finley, *Economía de la antigüedad*, México 1973, 113. *idem*, *Ancient Sicily*, 137 ss.

<sup>25</sup> Über die zwei Sklavenaufstände in Sizilien, *Helikon*, 8, 1967, 205 ss. Este autor señala que la primera revuelta se apoya sobre todo en los esclavos y sobre el elemento siciliano de lengua griega. La segunda, por el contrario, es una lucha de esclavos rurales, vinculados a tradiciones y a cultos locales, contra las ciudades de la parte de Sicilia más romanizada.

<sup>26</sup> Die charakteristischen züge der grossen Sklavenaufstände zur Zeit der römischen Republik, *Neue Beiträge zur Geschichte der Alten Welt*, Berlin 1965, 75 ss. J. Irmscher, *Das antike Sizilien in der Altertumforschung der sozialistischen Länder*, *Kokalos* 14-15, 1968-69, 262 ss. V. Diakov (*Histoire de l'Antiquité*, Moscú, 613) también habla de lucha de clases. Señala este autor acertadamente la debilidad de este movimiento, que iba a una derrota inevitable por su carácter fundamentalmente defensivo y con su incapacidad de salir del ambiente local y de establecer contactos con los otros focos de insurrección de esclavos.

La segunda revuelta coincide como indica Diakov, probablemente con la revuelta de Saumacus, líder de los esclavos, escitas del reino del Bósforo, conocida sólo por una inscripción del Quersoneso en honor de Diofante, general de Mitridates VI Eupator. También Saumacus fue proclamado rey del Bósforo, acuñó moneda, que le representa bajo la imagen de Helios coronado de rayos, lo que parece ser un eco de la ciudad del sol de Aristónico, lo que daría cierto carácter religioso a ambas revueltas.

<sup>27</sup> J.P. Brisson, *Spartacus*, Paris 1959. A.W. Mischulin, *Spartacus, Abrin der Geschichte des Grossen Sklavenaufstände*, Berlin 1952, 2. Rubensolm, *Was the bellum Spartacium a Slave insurrection?*, *RF* 99, 1971, 290 ss.